

Hablar bien no es expresarse académicamente

LUIS CORTES

HACE unas semanas comenzamos esta columna con la benigna intención de reflejar algunas curiosidades del lenguaje, de corregir unas veces, de justificar otras, o de poner de manifiesto la frivolidad de las modas (de las modas verbales, obviamente).

Nada más lejos de nosotros que un espíritu purista, porque la visión del purismo siempre es estrecha y falsa, y cuando se aplica al lenguaje convierte a quien lo hace en proteccionista aduanero, en desconocedor de la realidad: la ebullición constante de la lengua, que no puede quedarse separada de la circunstancia social en que vive. Negar esto sería tan absurdo como poner puertas al campo. Pero nobleza obliga y, como hace muchos años señalaba S. Madariaga, es una responsabilidad abrumadora la que cada generación recibe de las anteriores: «*Ahí te entrego la lengua más hermosa de Europa. Haz que, mientras la usas y gozas, si no gana, al menos no pierda en hermosura*». No sé si será o no el español la lengua más hermosa de Europa, ni es un tema que ahora nos interese, pero sí que es nuestro principal bien cultural, a la par que la expresión más directa de nuestro carácter.

Contaba Unamuno que una persona había visto, en un pueblo de Andalucía el siguiente letrero: *K PAN K LA*. Es casi seguro que aquel extraño anuncio cumplió la función comunicativa para la que se escribió (anunciar la venta de cal para encalar las paredes) e incluso la calería puede que fuese un negocio redondo, tan redondo, al menos, como aquel otro de ultramarinos, en Antequera; se cuenta que durante la guerra civil entraban los parroquianos en una tienda de comestibles, en el citado pueblo malagueño y preguntaban si había café. El dependiente contestaba con frecuencia: «*No, sebé tostá*»; la gente lo entendía y se marchaba; un día llegó un señor que al oír la respuesta se quedó aguardando a que se tostara. Tras un tiempo y cuando el dependiente iba a pesar el ansiado producto, el cliente le dijo malhumorado: «*oiga, eso no es café*», a lo que molesto y extrañado, nuestro comerciante le contestó: «*Hombre, ya se lo dije a usted: sebé tostá*»; le daba «*cebá tostá*», o sea, cebada tostada.

Pensar que las preocupaciones por el uso de nuestra lengua son zarandajas y que su salud es buena siempre que siga sirviendo para comunicarnos, es tan erróneo como confundir la libertad con el derecho a la holganza; sólo cuando seamos capaces de lamentar, aun reconociendo su inocencia, la situación lingüística del calero unamuniano o del tendero de Antequera, estaremos enfrentándonos al prejuicio que desprestigia la necesidad de hablar bien y de escribir bien (¡que no es expresarse «*académicamente*», como muchos creen!).

Una lengua descuidada es una lengua empobrecida y una lengua empobrecida palidece, a su vez, el mundo de ideas que sustenta. Defender lo contrario es entroncar con esa España histórica que no prima la fuerza, la salud, ni el saber, sino que prima la resignación, la sumisión y la sobriedad.